

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VIII

Mayo y Junio de 1931

Núms. 75-76

Enrique L. Marshall.

RACIONALIZACION (1)

II

Concentración de la producción.—Las asociaciones de empresarios para evitar los inconvenientes de la concurrencia, dirigidas contra los trabajadores, ante cuyos sindicatos se sienten desarmados, o contra los consumidores, que gozan de las ventajas momentáneas de la baja de precios que la lucha por el predominio en el mercado engendra, tienen su origen en Inglaterra, el país industrial por excelencia de aquella época, a fines del siglo XVIII.

Las últimas, cuyas formas más importantes son los trusts y los carteles, adquieren considerable desarrollo durante el siglo XIX. Aparece la gran industria, se perfeccionan los medios de transporte y quedan, a consecuencia de la Revolución, abolidas las limitaciones gremiales. Estas circunstancias ocasionan un aumento de la competencia. Las asociaciones suelen dirigirse también contra los productores de materias primas, pero su fin principal es mantener cierto nivel en los precios.

Los creadores de estos organismos quisieron poner término al estado anárquico de la producción, adaptándola a la demanda. Los empresarios asociados dividen territorialmente los mercados, fijan cuotas de producción o de venta, organizan sistemas de ventas en común, etc., para evitar los trastornos que la sobreproducción origina.

Pueden alzar los precios, más o menos a voluntad, y lucrar,

(1) Ver la primera parte en el número anterior de ATENEA.

con criterio individualista, de la situación de monopolio. Si a pesar de todas las previsiones, por causas extrañas se produce una restricción de los consumos, reducen las actividades de las fábricas o talleres hasta que viene la próxima temporada.

Engendradas por la lucha económica, tienen estas asociaciones un carácter bélico. El espíritu de cooperación, que permitió a los empresarios unirse para luchar, no alcanza todavía la nitidez suficiente para que éstos se den cuenta de que a un acuerdo análogo de intereses podría llegarse entre ellos y aquellos para combatir contra los cuales se han asociado. Ignoran que, cuando el interés particular y el interés social aparecen contrapuestos, el primero ha sido erróneamente concebido; todo lo que perjudica a la colectividad perjudica también, a la larga, directa o indirectamente, a las economías individuales. No es difícil a un hombre culto de nuestro tiempo, si observa lo que se ha hecho hasta ahora, principalmente después de la guerra, por la buena inteligencia, imaginar una racionalización de la economía universal, ideal lejano, pero no inaccesible a la razón y a la buena voluntad.

Simultáneamente con el desarrollo de las asociaciones de empresarios, y como consecuencia del reemplazo progresivo de la manufactura por la fábrica y de las ventajas de la producción en grande, paulatina, pero firme, va absorbiendo la grande a la pequeña industria. Se reduce el número de empresas y las subsistentes tienden a asociarse. Además—este movimiento se inicia un poco más tarde—una sola empresa puede reunir bajo su control una serie de industrias, cada una de las cuales representa una etapa del proceso productor o concurre a la obtención de un solo artículo de venta.

La concentración consiste, por lo tanto, en unir bajo un mismo control establecimientos antes separados y en eliminar los de menor importancia por el desarrollo de otros de mayor capacidad productora, tanto dentro del dominio de la industria como del comercio. Lemoine observa, con razón, que el movimiento concentrador tiende a subordinar el comercio a la industria—se suprimen los intermediarios y se crean carteles nacionales o internacionales de ventas—y la industria a las grandes fuerzas financieras orientadoras de la vida de las grandes empresas sometidas, gracias a los poderosos organismos centrales de los carteles y de los konzerns, a su control efectivo.

Generalmente se distinguen tres formas de concentración:

1.º La ordinaria u horizontal, fundada en la similitud de las actividades. El objeto es bajar el precio de venta para influir sobre el mercado. El fin es asegurar a las empresas asociadas

cierta renta y mantener la estabilidad de los precios. Son los carteles de racionalización, como los llama Fourgoaud, para diferenciarlos de los carteles análogos a los trusts, con tendencia al monopolio y de carácter imperialista, de antes de la guerra;

2.º La vertical, llamada también integración, que conduce a la baja de los costos, reduciendo a una utilidad final del proceso la serie de utilidades parciales. El ejemplo más característico lo constituye la Compañía Ford que concentra minas, fuerza motriz, una red ferroviaria, aserraderos, altos hornos, fundiciones, talleres mecánicos, fábricas de cueros artificiales, fábricas de vidrios y una flota fluvial y marítima. El fin es obtener un solo producto principal;

3.º La comercial, por fusión o simple acuerdo para fijar los precios o las cuotas de producción, con el fin de reglamentar la concurrencia y evitar los peligros de la sobreproducción.

Dentro del criterio de lucha económica, propio del siglo XIX, los grandes empresarios se unían para dominar el mercado, para gozar de las ventajas del monopolio, para acrecentar los precios hasta el máximo, sin más límite que la necesidad de no restringir los consumos. A veces, sin embargo, los reducían para disminuir las ventas y los costos hasta un máximo que les permitía elevar la utilidad a una suma fabulosa. El nuevo criterio se abre lentamente camino desde las universidades hasta los centros del capitalismo. De acuerdo con él, la concentración conduce a estabilizar los actividades industriales adaptándolas a las necesidades, con beneficio de la economía nacional y de la economía privada, y a una baja de los costos. Así se origina un margen que, dentro de las nuevas orientaciones, debe aplicarse al cumplimiento del deber social: bajar los precios y alzar los salarios. Las ventajas para el empresario vendrán más tarde, cuando el acrecentamiento de otras economías repercute sobre la suya. El siglo XIX representa la mentalidad que Sombart atribuye a los judíos; el fin único del empresario es lucrar, obtener la renta más elevada posible. El siglo XX, cuyas tendencias representa mejor que nadie Enrique Ford, es productivista. El fin de la actividad productora es aumentar la riqueza nacional, promover el bienestar del hombre, cumplir la tarea social, tratando de encontrar el propio beneficio en el cumplimiento del deber.

Conviene hacer algunas distinciones para esclarecer el concepto de concentración industrial, para evitar que se le confunda con ciertas ideas análogas, y para poner de manifiesto algunos aspectos curiosos de la vida económica contemporánea.

Hay que distinguir, ante todo, la concentración de riquezas de la industrial. Pueden coincidir, pero no es menos frecuente el caso de que no coincidan. Si una fuerte economía individual adquiere varias empresas para dirigirlas personalmente, hay concentración de riquezas y concentración industrial. Pero si dichas empresas son vendidas a una sociedad anónima, cuyas acciones pertenecen a numerosos capitalistas y que ha sido constituida para explotar la totalidad de las empresas de la misma categoría, hay una nueva y más intensa concentración industrial y una desconcentración de la fortuna. Gracias a la concentración industrial el poder económico es ejercido por unas pocas mentalidades directivas, las cuales no son necesariamente, usufructuarias de una concentración de fortuna proporcional.

En las sociedades anónimas es fácil notar que el derecho de propiedad pierde el carácter absoluto que tiene cuando se ejerce sobre un bien mueble o inmueble individualizados. El accionista es dueño de una cuota del haber social, de una fracción del activo, apreciada en dinero una vez liquidada la sociedad. Esta cantidad virtual de riqueza es lo que se vende cuando se enajena una acción. El poder económico es delegado al Consejo y dentro del Consejo ejercido generalmente por el accionista más poderoso. El gerente, un simple empleado, puede prácticamente, además, llegar a ejercer casi la totalidad de la función administrativa y, por consiguiente, del poder económico.

Hay personas que concentran una cantidad enorme de poder económico y una escasa de riquezas, y a la inversa. Un individuo que posee una fortuna de cinco millones de pesos, totalmente colocada en bonos del Estado, bonos hipotecarios, acciones bancarias, mineras, industriales y comerciales y no forma parte de los directorios de las empresas correspondientes, usufructúa de una cantidad considerable de riqueza, pero no ejerce ningún poder económico, salvo el que origina la inversión de las rentas respectivas. A la inversa, un hombre de negocios que posee una fortuna relativamente pequeña, un millón de pesos, y que gracias al crédito puede disponer de unos trescientos o cuatrocientos mil más, si distribuye hábilmente esa suma en empresas cuyas operaciones le son conocidas, lo cual le permite gozar del prestigio consiguiente, y logra formar parte de los directorios de todas ellas, ejerce un poder económico muchas veces superior al que corresponde a su fortuna particular.

Ciertos convenios no significan concentración del poder económico: cada fábrica conserva su independencia y su autonomía sólo aparece limitada por algunas cláusulas contractuales.

En Alemania, país clásico de las nuevas tendencias económico-sociales, se distinguen dos categorías de concentraciones industriales; las uniones de empresas (los konzerns) y las asociaciones de empresas (los carteles).

Si varias empresas, jurídicamente autónomas, se reducen a una unidad económica, o sea, quedan bajo la dirección de un solo empresario, se constituye un konzern, cuyos caracteres esenciales son, en consecuencia, la autonomía jurídica y la dependencia económica. Esta última puede ser total o parcial, según la forma jurídica que se adopte para realizarlo. La unidad de dirección consiste en coordinar los procesos de fabricación, en el encadenamiento de los diversos grados del proceso productor o en el reparto del trabajo entre las empresas unidas. También hay konzerns para organizar las ventas y para financiar las empresas. Pueden, por último, tomar carácter monopolístico. La construcción se realiza por intercambio de acciones entre las sociedades o por la adquisición de la mayoría de las acciones de las distintas empresas por una sociedad controladora.

La forma más intensa de concentración la constituyen las fusiones: varias empresas se reúnen para constituir una unidad jurídica y económica. Diversas empresas son absorbidas por otra más poderosa o se constituye una persona jurídica nueva. En Alemania, una sola empresa ha absorbido todas las demás fábricas de colorantes y ha llegado a poseer un capital de 1,110 millones de marcos.

Entre los carteles hay distintas categorías. Algunos, sin racionalizar sus métodos, se limitan a influir sobre el mercado, lo cual puede traducirse posteriormente en cambios o transformaciones de la empresa que no fueron perseguidos dentro del plan primitivo.

Otros pretenden llevar a la práctica un verdadero proceso racionalizador de la actividad productora, mediante el empleo de una serie de métodos: división del trabajo entre las firmas cartelizadas, rebaja de los costos y mejoramiento de la calidad del producto, establecimiento de una oficina central de ventas. Sólo éstos constituyen verdaderos procedimientos racionalizadores.

Federico Leitner define los primeros en la forma siguiente:

«Son organizaciones económicas colectivas de empresarios, verdadera asociaciones económicas, que aspiran, por medio de un convenio sobre los precios, de la repartición o de la partición de los pedidos, o por la reglamentación del volumen de la producción, a obtener una estabilización o una elevación

de los precios y, por lo tanto, una mayor rentabilidad de las empresas». Este tipo de cartel constituye una concentración comercial, pero no una racionalización. Se limitan a proteger las economías particulares de los empresarios. Ejercen, sin embargo una acción benéfica sobre la economía general en cuanto tienden a evitar las crisis. Los segundos constituyen el tipo del cartel de racionalización propia de la economía nacional alemana de la post-guerra. Se le encuentra realizado en la industria eléctrica, en la de automóviles y en la de construcciones. En algunos casos pueden llegar a estipular la comunidad de los beneficios. Los carteles alemanes se rigen por la Ordenanza de 2 de Noviembre de 1923, la cual determina jurídicamente el concepto del cartel, reglamenta el establecimiento y las actividades de dichas instituciones, crea el Tribunal de Carteles y fija las normas del procedimiento.

El desarrollo de las sociedades anónimas, que permiten armonizar la concentración industrial con la desconcentración de la fortuna y la aplicación de los métodos racionalizadores con criterio social, son las dos series de circunstancias que, generalizadas, podrán impedir la catástrofe predicha por Karl Marx al capitalismo, el cual encuentra, en el movimiento social de racionalización de las economías, su fórmula de supervivencia. Se necesita que los grandes tenedores de la fortuna se den cuenta de la importancia del movimiento y comprendan que es la última modalidad del capitalismo para adaptarse, como sistema social, a las necesidades de nuestro tiempo. De ellos dependerá, en gran parte,—también de la oportuna acción de los gobernantes—que las sociedades occidentales prosigan su marcha evolutiva hacia formas de vida desconocidas, sin trastornos ni violencias o se produzca la generalización de los procedimientos de la Rusia soviética, que ha emprendido audazmente la racionalización de su economía nacional dentro de los principios que informan su vida administrativa, social y financiera.

Racionalización del trabajo.—Es el aspecto del proceso racionalizador que se ha desarrollado más tarde y queda, dentro de sus dominios, una labor considerable y de gran trascendencia humana por realizar. La racionalización del trabajo fué iniciada con criterio económico individualista, como un simple medio de disminuir los costos y de aumentar las ganancias. Posteriormente ha sido orientada en un sentido social, y ha cambiado así de naturaleza. Se preocupó al principio de reducir al minimum los movimientos, de adaptarlos exactamente a su fin, de disminuir el tiempo y la fatiga, y de seleccionar,

para bien del empresario, el personal que pudiera realizar un máximum de labor útil en un mínimum de tiempo. Ahora se estudia la manera de aprovechar cada fuerza humana lo mejor posible, amoldando la naturaleza de la faena a las características del individuo, cuyas capacidades y aptitudes son objeto previo de un análisis técnico riguroso. La Política Económica y la Política Educativa se dan aquí la mano; los servicios pedagógicos para orientar y preparar profesionalmente a los jóvenes se relacionan con la organización científica del trabajo. La escuela estudia al individuo, orienta sus actividades de acuerdo con los resultados de las pruebas mentales correspondientes y le da la preparación profesional adecuada. La empresa ocupa al egresado, sin pérdida de tiempo en ensayos innecesarios, de acuerdo con los informes de la oficina técnica educacional respectiva, en las actividades para las cuales haya revelado mayores aptitudes y adquirido una habilidad también mayor. Este vínculo entre la vida escolar y la vida industrial constituye uno de los factores más interesantes de la evolución pedagógica y económica de nuestros días.

Para racionalizar el trabajo hay que llevar su división al más alto grado. Sólo así se puede obtener el máximo rendimiento. Este método tiene sus inconvenientes, el mayor de los cuales es la carencia de aquella satisfacción por la obra realizada, propia del antiguo artesano. El maquinismo y la creación en grande han originado la absoluta subordinación del obrero a la empresa. El criterio social no permite desentenderse de estos aspectos desalentadores de la vida industrial. Hay que armonizar el interés del empresario con los intereses sociales.

Iniciador del movimiento es el ingeniero norteamericano Federico Taylor, fallecido en 1915. Su sistema consiste en eliminar del trabajo los movimientos inútiles o defectuosos, en reducir al mínimum la duración de cada movimiento, que es rigurosamente controlado lo mismo que el resto de la faena, en seleccionar los operarios, en individualizar las actividades y en aprovechar el mayor esfuerzo que despliega el hombre cuando hace su labor en un tiempo determinado.

Las ventajas del taylorismo son manifiestas.

Produce una baja efectiva de los costos y el aumento correspondiente de las ganancias. Los resultados no son, sin embargo, igualmente satisfactorios si se les considera desde el punto de vista del trabajador. Taylor elige al hombre más apto para hacer, en un mínimum de tiempo, un máximum de movimientos útiles. Este hombre trabaja aisladamente en beneficio del empresario, estimulado por el deseo de obtener las primas con que

se recompensan los mayores rendimientos. La actividad creadora y el espíritu de cooperación y camaradería desaparecen. Se estimula la avaricia. Por estas razones los sindicatos norteamericanos de trabajadores han combatido rudamente el taylorismo.

Para evitar estos inconvenientes, algunos autores han recomendado la socialización del sistema. Han dicho que no se debe seleccionar a los trabajadores a fin de realizar un trabajo determinado. Debe estudiarse la manera de organizar el proceso productor a fin de utilizar las fuerzas del hombre tal como es por naturaleza y cómo ha llegado a ser por influencia de la escuela. Así se abre un horizonte nuevo.

Otro norteamericano ilustre, Enrique Ford, reveló en 1921, con su libro «Mi Vida y mi Obra», que los problemas de racionalización del trabajo, a que había buscado solución en su vida de empresario afortunado, no sólo debían ser abordados con criterio social,—igual afirmación podría haber hecho cualquier profesor desde su cátedra—sino que podían serlo y lo habían sido realmente en la Compañía Ford. Se trata de un hombre que cree en la misión social del empresario y la practica.

La mentalidad de Ford, mezcla de espíritu práctico y de idealismo, frecuente en los países sajones, es difícil de comprender para los hombre de cultura y de filiación histórica latinas, entre los cuales predomina cierta tendencia simplista para razonar y el apego a los convencionalismos ideológicos. La asimilación, a menudo verdadera, del espíritu práctico al ansia de lucro y a la sed de placeres suntuosos, y lo corriente que es el tipo del soñador económicamente incapaz — mezcla de fantasía, delicadeza sentimental, pereza y algún residuo de desprecio cristiano o romántico a las riquezas—; la nitidez con que el espíritu los evoca rigurosamente antitéticos, y la idealización sistemática del soñador, influencia del romanticismo y, en los países ibéricos, también de la tradición hidalga, hacen poco menos que inexplicable la personalidad de Ford. Su espíritu destruye la antítesis y armoniza los contrarios. Es un hombre que encuentra placer en la actividad productora, un epicúreo del poder económico, un soñador que cuenta, para realizar sus sueños, con dos poderosos elementos: su capacidad crítica—límite y punto de apoyo—y su fuerte economía puesta al servicio de sus concepciones sociales.

He aquí los principios del fordismo:

1.º No temerás el porvenir ni tampoco idolatrarás el pasado. El hombre que teme al porvenir o al fracaso, limita simultáneamente el círculo de su actividad. Los fracasos nos ofrecen

únicamente la ocasión de reanudar la tarea con más tiento e inteligencia. Un fracaso honrado no es vergonzoso; en cambio el temer a los fracasos es indigno del hombre. El pasado es útil, en cuanto nos indica los medios y los caminos del progreso.

2.º No harás caso de la competencia. El que es ducho en hacer una cosa debe hacerla. Pretender quitar negocios a otro es un acto criminal; y lo es porque con ello se pretende, por pura codicia, rebajar al prójimo las condiciones de vida, y entronizar el poder de la fuerza bruta, en lugar de la inteligencia.

3.º El servicio lo pondrás por encima del beneficio. Sin beneficio sería imposible la expresión del negocio. El anhelo de conseguir beneficios no es, por sí sólo, nada malo. Es más: una empresa bien dirigida debe infaliblemente arrojar beneficio; pero este margen debe ser considerado como la recompensa inevitable por un servicio útil. No debe ser la base del servicio; debe ser sólo su resultado.

4.º Producir no equivale a comprar barato y vender caro. Significa, más bien, adquirir las materias primas a un precio adecuado y transformarlas, con una adición mínima de gastos en un producto útil y entregarlo así en manos del consumidor. Jugar al azar, especular y obrar contra los principios de la honradez, no sería sino poner trabas al progreso.

Expondré ahora, en breve resumen, lo que Ford ha hecho. Sus métodos particulares de trabajo se caracterizan por la justa apreciación de la personalidad humana. Se quiere disminuir en el obrero el sentimiento de dependencia, dándole cierta libertad y haciéndolo, en cierto sentido, el director de su faena. Debe realizar su labor durante el tiempo que la pieza permanece a su alcance; pero no hay la rigidez del taylorismo, el plazo es elástico y el contramaestre lo puede alterar. Los movimientos se adaptan libremente dentro del plazo. Esta circunstancia y la libertad en que queda la imaginación, porque el trabajo es siempre mecánico, permiten reducir al minimum los factores fisiológicos de la fatiga y hacer desaparecer los psíquicos. El hombre de condiciones intelectuales superiores, único para el cual la labor automática es fatigosa siempre, tiene el camino abierto para dedicarse a actividades de orden más elevado, de acuerdo con las iniciativas que haga llegar a la gerencia. Los más prefieren no hacer esfuerzo intelectual. Las encuestas y las múltiples observaciones de Ford y de los técnicos alemanes confirman lo dicho.

Las relaciones entre el empresario y los obreros se rigen por el sentimiento de la celebración a una obra colectiva, al servicio

de la comunidad. El placer espiritual de realizar una labor útil a los demás es el verdadero fundamento del fordismo. Los obreros están convencidos de que aumentan el bienestar nacional, lo cual hace posible el alza de los salarios. Los empleados deben ser los mejores clientes de la industria. La empresa debe ingeniarse para disminuir los precios y alzar los salarios. Así amplía e intensifica el consumo y beneficia a los demás y se beneficia a sí misma. Hay que aumentar el poder de compra. La empresa debe ser capaz de afrontar las crisis sin gravar la trabajador y sin ahondar el mal. Estas audaces afirmaciones, que darían lugar a un largo debate, suponen un optimismo radical.

El alza de los salarios no depende del deseo de elevarlos ni de las exigencias de los trabajadores. La tasa se determina por la cantidad más alta que pueda incorporarse al costo sin que deje de ser el más bajo posible. Siempre hay por descubrir mejores procedimientos que hacen ventajosos los salarios elevados. Esta teoría contradice bajo muchos aspectos la doctrina clásica. Los salarios dependen de la cuantía de la producción, de la capacidad productora individual y de la del país. Todo otro sistema de mejorar los salarios conduce a un alza concordante de los precios que lo hace ilusorio.

Ford ha provocado con su audacia, dentro de la industria automovilística respecto a los precios, y dentro de la vida industrial norteamericana en cuanto a los salarios, una verdadera revolución. Ha llegado reunir más de 150,000 empleados y a pagar remuneraciones cuya suma total asciende a más de 2,000 millones de pesos chilenos. Paga los salarios más altos del mundo y vende los automóviles aproximadamente más baratos. Los beneficios anuales son superiores a cien millones de dólares.

Con Ford desaparece el predominio absoluto del capital sobre el trabajo. La rentabilidad no es ya la preocupación única del empresario. Hay que producir valores de utilidad social en el mayor número posible al más bajo precio posible y pagando los salarios más altos posibles. Es el productivismo fordiano; la utilidad de la empresa está subordinada al cumplimiento de la tarea social.

Los métodos de Ford se han generalizado rápidamente. Pero no se ha difundido igualmente el espíritu fordiano de confianza mutua y de colaboración entre empresarios y obreros. Difícilmente logran olvidar la actitud de lucha en que han vivido hasta ahora y sus viejos conflictos de intereses. Es necesario que unos y otros se formen una nueva mentalidad.

Una comprensión más amplia del problema revelan los procedimientos psicotécnicos.

Al estudiar el aprovechamiento de las fuerzas humanas, Taylor había prescindido de los factores fisiológico y psicológico, olvidando que el hombre sólo puede parcialmente ser subordinado a los intereses de la empresa porque es una personalidad, un fin en sí, como se diría en metafísica. La Psicotécnica estudia la constitución psíquica del individuo, penetra en los repliegues de la conciencia, determina las cualidades y las aptitudes del obrero para el trabajo, subordinando la técnica a la personalidad humana, la materia al espíritu. Consiste en aplicar la psicología a la determinación de las propiedades, aptitudes y capacidades del hombre para el mejor aprovechamiento de sus fuerzas en beneficio de la colectividad. Cada individuo debe trabajar en la actividad que mejor se adapte a sus condiciones psíquicas.

La racionalización psicotécnica comprende tres procesos: el examen de aptitudes, el aprendizaje y el estudio de los procesos de trabajo a fin de aumentar su rendimiento. El Estado debe intervenir en los exámenes psicotécnicos para evitar posibles arbitrariedades. Por lo menos debe valorizarse la ficha escolar, que contiene los resultados de las pruebas practicadas por el profesor. Los psicogramas permiten clasificar al individuo y dirigirlo en la elección de la carrera, tomando en cuenta los factores económicos y sociales que influyen en la factibilidad del plan. Se puede libertar así al joven de las malas consecuencias de una elección desafortunada, a que lo pueden inducir su ambición, sus prejuicios o los falsos mirajes de los éxitos alcanzados por personas de aptitudes muy diferentes o de condiciones económicas o sociales diversas.

No se puede atribuir un valor absoluto a las conclusiones del examen psicométrico. Graves dificultades obstaculizan el proceso investigador. Aun suponiendo que sus resultados constituyan una base positiva para orientar la vida, hay que preguntarse lo que se haría en caso de conflicto con los deseos de aspiraciones del individuo. La técnica no puede penetrar al campo obscuro donde complejos psíquicos sutiles, inaccesibles hasta para la introspección, orientan espontáneamente al sujeto hacia una actividad que puede no ser la que el examen psicotécnico aconseja. La psicología experimental reúne datos, mejor o peor controlados, pero no abarca la personalidad total, el hombre. Además la exclusión de una o más profesiones o actividades productoras suele ejercer una influencia deprimente sobre el candidato. Sin embargo, es necesario tener presente que, realizando la labor orientadora en la escuela, sobre la base de una observación continuada y sistemática, y siempre que

las fábricas o la oficina de colocaciones aprovechen los psicogramas escolares, estos peligros se reducen al *mínimum*: el influjo del maestro suple las deficiencias de la técnica y evita o debe evitar las depresiones. Los padres y los jóvenes se acostumbran a considerar la opinión del consejero vocacional antes de elegir la carrera. Sin violencia, respetando la autonomía y las decisiones, el juicio del técnico se impone poco a poco.

A pesar de sus imperfecciones y de las dificultades que presenta, ningún procedimiento permite solucionar mejor que el psicotécnico el problema del adecuado empleo de las fuerzas humanas. La colaboración del colegio, a la cual los norteamericanos dan una influencia decisiva, crea, como lo dejé dicho, un vínculo nuevo entre las actividades económicas y las pedagógicas. La escuela aconseja de acuerdo con los resultados de sus investigaciones. La oficina de empleos respeta sus informes. No se limita la libertad. Se abre un camino más fácil, desde el colegio hasta las actividades económicas, a los que siguen la ruta recomendada por los técnicos.

Estos problemas no existen en empresas como la Compañía Ford donde el trabajo está totalmente mecanizado y en que el tiempo de aprendizaje—24 horas—es casi nulo. Hay actividades, en cambio, que requieren aptitudes bien determinadas y un largo período de aprendizaje. Dicho período se produce en algunos individuos varias veces, hasta que encuentran un empleo apropiado. Otros permanecen durante toda la vida desempeñando funciones para las cuales carecen de gusto y de aptitudes suficientes. En ambos casos hay pérdidas efectivas de riquezas. El descontento permanente en que vive un hombre cuando se dedica a un trabajo para el cual carece de inclinación y de capacidad, es una fuente de malestar social. El mismo individuo podría elaborar con gozosa actividad, como quien practica un deporte, en otro campo de la vida económica. Y su puesto podría ser ocupado por otro, mejor dotado que él para desempeñarlo, el cual tendría, a su vez, la oportunidad de cumplir con máxima eficiencia su labor productora. En el nuevo cargo, capaz de despertar su interés y de estimularlo poderosamente—facilidad creciente para desempeñarlo y perspectivas siempre nuevas y halagadoras—alcanzaría una vida de plenitud y de equilibrio psíquicos. Los norteamericanos han hecho estudios concluyentes sobre los perjuicios que sufren las empresas y, por consiguiente, la economía nacional a causa de que los jóvenes egresados de los colegios, por falta de orientación, no van inmediatamente a trabajar allá donde deberían ir.

Cuando se piensa en lo que significa para la sociedad y para

la vida económica el empleo adecuado de cada hombre, no se puede menos de reconocer que la psicotécnica es el único camino que conduce a una total racionalización del trabajo y no debe vacilarse en aplicarla con las reservas que la prudencia aconseja.

De consecuencias incalculables para la conservación y el mejoramiento fisiológico de las clases trabajadoras son los estudios sobre fisiología del trabajo, que permitirán determinar hasta qué grado se puede intensificarlo racionalmente sin peligro para el mantenimiento de la fuerza vital y de la salud.

La racionalización del trabajo, perseguida como anhelo económico nacional con criterio social, es el aspecto más complejo del proceso racionalizador. Mientras los demás procedimientos miran de preferencia al interés económico, la racionalización del trabajo presenta caracteres humanos superiores que presuponen en los gobiernos no sólo una política económica definida sino también, y en concordancia con ella, una política educacional y una política social. El nuevo espíritu exige una cooperación armónica de estos tres órdenes de orientaciones directivas del Estado.

Racionalización Internacional.—No basta con realizar el proceso racionalizador dentro de las economías nacionales. Como observa el Dr. Elemer Hontos, hay que adaptar la producción total del consumo total—finalidad del proceso racionalizador internacional—único medio de regularizar definitivamente las fluctuaciones económicas. Es necesario racionalizar la economía universal. Este anhelo podrá ser alcanzado cuando las economías nacionales esten totalmente racionalizadas. Hay, sin embargo, industrias susceptibles de ser racionalizadas internacionalmente sin que se cumpla previamente este requisito, indispensable cuando se trata de la racionalización integral de las economías. La política económica aspira a organizar racionalmente los procesos de la vida económica sobre la base del plan internacional a fin de aumentar el rendimiento del trabajo y suprimir o atenuar las crisis.

La Conferencia Económica de 1927 ha dado a la Sociedad de las Naciones un programa económico internacional que tiende hacia la comunidad económica de los pueblos, a formar una «Sociedad Económica de las Naciones». Trata de disminuir el excesivo nacionalismo, justificado siempre cuando es de carácter puramente defensivo, que informa la política comercial de las grandes potencias, contrario a veces al interés de la economía universal. Mucho puede esperarse también de la organización internacional de los bancos centrales, a fin de

extender a la economía universal los beneficios que actualmente reportan desde el punto de vista monetario, a la vida económica de cada pueblo.

La iniciativa de Briand de asociar los estados europeos con fines de unidad económica, idea que adquiere singular relieve por la vigorosa personalidad de tendencia realista del político que la patrocina y por las modalidades dolorosamente anárquicas que revela la actual economía de Europa, sería, de llevarse a cabo—múltiples circunstancias, el Tratado de Versalles y sus derivaciones particularmente, la dificultan— el primer paso hacia la organización de la economía universal. Lo más probable será que no se llegue así, de golpe, como quiere Briand, sino por medio de una serie de procesos parciales de unificación—acuerdos entre grupos de pueblos y combinaciones entre centros financieros—reducciones geográficas y reducciones industriales, continentales o parciales unos, intercontinentales o universales otros, poco a poco, mediante la influencia combinada de múltiples factores, a la racionalización de la economía universal.

III

CONCLUSIÓN

El movimiento racionalizador se funda en la armonía entre el capitalismo y el socialismo y en la mutua subordinación en que se encuentran la vida económica y el resto de la realidad social. Así se piensa en los círculos universitarios; los hombres de negocios han considerado generalmente la racionalización bajo su aspecto económico individualista. El ejemplo de Ford, bien elocuente, hace pensar en un cambio posible de la mentalidad de los grandes gestores de la vida industrial. Vamos hacia una socialización del criterio económico y hacia una transformación del socialismo, que se hace positivo y subordina sus aspiraciones al canon de las posibilidades económicas. El empresario detenta el poder económico mejor de lo que podría hacerlo un empleado del gobierno socialista y es remunerado proporcionalmente a la enorme responsabilidad que pesa sobre los gestores de la vida económica. Intensifica la actividad industrial, enriquece a la colectividad y provoca por medios positivos, sin destruir la estructura individualista de sociedad, el mejoramiento de la vida de los trabajadores. Como premio a sus esfuerzos, acrecienta su poder y asegura su bienestar. La nueva doctrina quiere poner término a la lucha secular entre el capitalismo y el socialismo. Acepta el ideal

de justicia social como aspiración humana, fin último del desarrollo progresivo de las sociedades. Reconoce la fuerza vital del concepto, su capacidad enorme de renovación bovárica (1), que le permite incorporar paulativamente, al campo limitado del ser, las formas intelectuales del debe ser. Empleando la terminología de Fouillée, se diría que la idea fuerza actúa sobre lo real y tiende a objetivarse en la medida en que el conjunto de circunstancias que lo constituyen se lo permiten.

Conduce, además, a la solución integral de los problemas económicos. Y si alguno de ellos, como el de la desocupación que tan críticos caracteres presenta, se logra ser resuelto, se sabrá positivamente, por lo menos, que es necesario buscar para ello otros caminos, rompiendo quizás con las fórmulas tradicionales que el movimiento racionalizador ha respetado. Sobre esto nada puede adelantarse. Mientras más alto sea el grado en que la economía universal haya sido racionalizada, más claros se presentarán los fenómenos cuyo devenir constituye su esencia. Aumentará el número de probabilidades de determinar el proceso causal de cada anormalidad, tan difícil de establecer dentro de la economía contemporánea. La economía mejor racionalizada sufriría hoy, por razones de interdependencia económica internacional, las consecuencias de la obra irracional de otras economías y los efectos de medidas políticas tomadas con prescindencia de los principales racionalizadores.

Un cambio tan profundo necesita de la acción directiva del Gobierno. ¿Será capaz el Estado democrático, fundado en el sufragio universal, de asumir la doble función de orientador técnico y de armonizador de las fuerzas económicas y sociales cuya colaboración es precisa para llevarlo a efecto? ¿Habrá, como creen algunos, que comenzar por racionalizar el Estado, por adaptarlo a sus nuevas funciones, buscando, en la organización corporativa o semi-corporativa, la fórmula que permita darle la eficiencia y la fuerza indispensables para llenar debidamente las nuevas finalidades? Son estas, cuestiones apasionantes de Política General que el momento histórico plantea y que están estrechamente relacionadas con los problemas originados por el movimiento racionalizador; pero su análisis nos llevaría demasiado lejos, más allá de los límites dentro de los cuales me propuse comentar la doctrina de la racionalización.

(1) Empleo la expresión bovárica en el sentido que le da Jules de Gaultier, filósofo francés contemporáneo, autor de una doctrina sobre el poder que tiene el hombre de concebirse distinto de lo que es y de obrar, en consecuencia, sobre la base del tipo cuya creación ha hecho célebre a Gustavo Flaubert. Este poder constituiría la fuerza transformadora de las sociedades.